

EL PAPEL DE LA PSICOLOGIA POLITICA EN LAS NUEVAS SOCIEDADES*

Julio Seoane

Universidad de Valencia

RESUMEN

Aun cuando el repertorio de diferentes papeles desempeñados hasta ahora por la Psicología Política continúan teniendo su lugar en la disciplina y en la práctica profesional, el papel primordial de la *adecuación cognitiva* a los cambios sociales obliga a desarrollar metodologías, sensibilidades y contenidos orientados fundamentalmente a la anticipación y predicción del cambio. Este papel, además de su posible justificación histórica, tiene hoy una especial significación, puesto que todo apunta hacia unas próximas décadas difíciles, inestables y con el cambio como protagonista.

ABSTRACT

Even though the repertoire of different roles played up to now by Political Psychology retains its place in the discipline and in professional practice, the primordial role of Political Psychology is that of promoting cognitive adequacy for social change. This latter role obliges the discipline to develop methodologies, sensitivities, and contents aimed, basically, at the anticipation and prediction of change. That role, besides its possible historic justification, has today a special significance: Everything points toward coming decades that will be unstable and difficult, with change as the protagonist.

Introducción

La Psicología Política es el resultado de una amplia combinación de perspectivas teóricas, sensibilidades sociales y prácticas profesionales. No es de extrañar, por tanto, que reciba distintos tratamientos y valoraciones según la perspectiva adoptada; puede ser vista como una disciplina científica, como un proyecto teórico interdisciplinar, el deseo de colaborar en el desarrollo de las sociedades democráticas o como las aspiraciones de la psicología actual para participar activamente en la política profesional. Esta diversidad de orígenes, planteamientos y objetivos explica los diferentes papeles que la Psicología Política ha desempeñado a lo largo de su corta historia y de su larga tradición, desde el papel clínico de una psicopatología política hasta el asesoramiento en campañas electorales, pasando por el

* Conferencia presentada en la XVII Reunión Anual de la *International Society of Political Psychology*. Santiago 11-15 de Julio de 1994.

análisis del comportamiento de los líderes y el estudio de la estructura ideológica de amplios sectores de la población.

Sin embargo, entre todos los papeles desempeñados por la Psicología Política, todos ellos legítimos y realizados con mayor o menor éxito, existe uno que se ha mantenido relativamente constante ante las distintas situaciones históricas, las diferencias teóricas y los intereses del investigador: la adaptación de los ciudadanos a los cambios sociales y políticos, ya fueran esos ciudadanos la totalidad de la sociedad o grupos determinados de mayor riesgo o, simplemente, individuos concretos de interés máximo para la organización social. La adaptación a esos cambios no implica, en modo alguno, la aceptación ideológica de los mismos, sino simplemente la anticipación y la configuración de conductas posibles.

Este papel, que desde ahora llamaremos de *adecuación cognitiva* a los cambios sociales (podría también recibir el nombre de «adecuación mental» o hasta «adecuación ideológica», pero eso plantearía una serie de problemas fuera del alcance de este trabajo, mientras que lo «cognitivo» se beneficia del agradecimiento de la moda), es un papel caracterizado por el intento de minimizar los efectos de la crisis ante el cambio, promover la adaptación individual y colectiva ante el nuevo orden social, evitando así -o al menos reduciendo- el sufrimiento que genera la ruptura y la desorientación, anticipando en la medida de lo posible el porvenir de personas, grupos e instituciones.

Si es cierto, y así lo parece, que las sociedades actuales (post-industriales, post-modernas o como se prefiera designar) están sufriendo unos procesos de cambio y transformación comparables a los acaecidos en la Revolución Francesa o en la Revolución Industrial, entonces parece evidente que la función de *adecuación cognitiva* que puede realizar una Psicología Política actual resulta del máximo interés para el futuro inmediato y a medio plazo.

Por último, y en función de todo lo anterior, es necesario afrontar un importante cambio de tendencias en la Psicología Política. Aun cuando el repertorio de diferentes papeles desempeñados hasta ahora por la Psicología Política continúan teniendo su lugar en la disciplina y en la práctica profesional, el papel primordial de la *adecuación cognitiva* a los cambios sociales obliga a desarrollar metodologías, sensibilidades y contenidos orientados fundamentalmente a la anticipación y predicción del cambio.

La Adecuación Cognitiva al Cambio en Psicología Política

La historia de la Psicología Política, ya se tome en sentido estricto (con una duración de alrededor de dos décadas largas) o en sentido laxo (con la misma duración, al menos, que la Psicología en sentido general), está pla-

gada de orientaciones, autores e investigaciones con intereses muy diversos y, por tanto, desempeñando funciones variadas en beneficio de la sociedad.

Sin embargo, los momentos más destacados de su desarrollo y de sus aportaciones acostumbra a coincidir con épocas de crisis, de grandes cambios o, al menos, de fuertes tensiones sociales. Es entonces cuando los psicólogos desarrollan al máximo su sensibilidad a los problemas sociales e intentan ofrecer líneas de solución ante esas urgencias. Por el contrario, cuando se encierran en una actividad exclusivamente académica y tautológica, adormecen sus sentidos y pasan inconscientes ante la vida y la política de su sociedad.

Esta tendencia es válida a lo largo de la historia de la Psicología Política y se puede observar fácilmente a través del magnífico trabajo que William Stone expone en *Political Psychology: a whig history* (1981); y además no es una característica exclusivamente angloamericana, puesto que también se puede advertir, por ejemplo, en España, como se pone de manifiesto en el fino trabajo que Adela Garzón realiza sobre *la Psicología Política en España* (1993). Veamos algunos ejemplos de la tesis que estamos manteniendo, para poner de manifiesto así algunas otras características del papel de la *adecuación cognitiva*.

La Psicología Política, como disciplina, se institucionaliza en la década de los 70 puesto que es entonces cuando aparecen los primeros manuales (Knutson, 1973; Stone, 1974), la primera sociedad profesional (*International Society of Political Psychology*, en 1978) y la primera revista especializada (*Political Psychology*, en 1979). Al mismo tiempo, es necesario resaltar que durante esos años comienza la crisis del modelo político establecido después de la II Guerra Mundial; y esto por muchas razones: se produce el primer impacto público de una crisis energética, se plantea la condición post-moderna de la cultura, se diagnostica el carácter post-industrial de la sociedad y se muestra la revolución silenciosa de los valores post-materiales. Los años 70 son el comienzo del fin de una época y, en correspondencia, el principio de una «psicología política» que se compromete explícitamente con la problemática de esa época y con su correspondiente adecuación cognitiva a la nueva situación.

El estudio de las actitudes, de larga tradición en psicología, constituye una de las dimensiones que fundamentan la nueva Psicología Política. Es sobradamente conocido que uno de los primeros estudios en esta dimensión lo realizan Thomas y Znaniecki (1918-20) en una investigación sobre las actitudes de inmigrantes polacos en América, es decir, sobre los problemas de adaptación de una determinada comunidad ante un nuevo orden social, cultural y político.

Con frecuencia se reconoce también que los estudios sobre la II Guerra Mundial forman parte también del núcleo originario de la nueva disciplina. Esas investigaciones, designadas a veces con mejor o peor acierto como «estudios sobre autoritarismo», comienzan antes de la Guerra, continúan realizándose durante ella, y tienen su apogeo con la publicación de *La Personalidad Autoritaria*. En todos los casos se trata de investigar el fenómeno de ascenso y aceptación de la ideología nacionalsocialista y otras similares, con sus fenómenos concomitantes de autoritarismo, racismo y etnocentrismo, para tratar de evitar un futuro indeseable y una política inaceptable. Una vez más, se intenta adecuar las expectativas, creencias y valores de las gentes a los nuevos tiempos, pero descartando las desviaciones patológicas como alternativas posibles.

El estudio de la conducta de voto y, en un sentido más general, de la participación política es otra de las raíces indiscutibles de la Psicología Política actual. Los trabajos de A. Campbell y colaboradores durante los años 60 configuran una buena parte de su contenido inicial. Al margen del pesimismo que se desprende de estos trabajos iniciales (poca consistencia, estabilidad y nivel de comprensión de los temas políticos por parte de los ciudadanos), el estudio del sentimiento de impotencia política (*powerlessness*) revela la auténtica preocupación por la tendencia hacia la servidumbre en las sociedades democráticas. Indiscutible y triunfante ya el modelo democrático en las sociedades occidentales, se trataba entonces de movilizar cognitivamente a los ciudadanos hacia la participación política; impedir que aquellos que son capaces de elegir y derrocar gobiernos, entreguen después todo el poder al gobierno elegido. Los nuevos tiempos exigen nuevas habilidades, y la psicología política pretende ponerlas de manifiesto y, a ser posible, desarrollarlas.

Todavía algún ejemplo histórico más, diferente pero con igual significado. Junius Flagg Brown es una figura representativa de los orígenes de la psicología política (Stone, 1981); tanto su *Psychology and the Social Order* (1936), como su activismo social y político, así como su entorno relacionado con la depresión económica que sufría los Estados Unidos, es un intento desesperado de comprender los profundos cambios que se producen en su sociedad y de intentar aportar soluciones a través de sus conocimientos profesionales.

Por último, el ejemplo que debería ser más representativo de la tesis que intento defender, Michael Billig (1982) nos ha facilitado hace años una interesante interpretación de los Ideólogos Franceses de la época de la Revolución como los psicólogos sociales y políticos del momento; empeñados en realizar un estudio científico de las ideas, su mayor preocupación consistía en facilitar a sus contemporáneos una adaptación soportable ante el nue-

vo orden que se estaba produciendo. La «Ideología» como adecuación cognitiva de los ciudadanos ante los cambios revolucionarios que se estaban produciendo en todos los órdenes de la vida, constituye sin duda un antecedente claro del papel que la Psicología Política ha desempeñado posteriormente de forma más o menos sistemática.

En definitiva, de entre todas las funciones desempeñadas por la Psicología Política, hemos destacado aquella que tiene relación con los momentos de grandes cambios o de crisis social y política. Ese papel, además de su posible justificación histórica, tiene hoy una especial significación; desde las críticas a la psicología tradicional por estar fuera de época (por ejemplo, Kvale, 1992) y los desafíos a los que se enfrenta (por ejemplo, Mahoney, 1994), pasando por las transformaciones políticas que se están produciendo (por ejemplo, Etzioni, 1991; Pasquino, 1994) y la aparición de nuevos movimientos sociales, hasta las inquietudes conocidas de fin de siglo (Schwartz, 1990), todo apunta hacia unas próximas décadas difíciles, inestables y con el cambio como protagonista.

Sensibilidad al cambio y percepción del tiempo

Desde luego, no es este ni el momento ni el lugar para intentar una descripción más o menos acertada de los cambios que se están produciendo en las sociedades desarrolladas occidentales; esa es parte de la labor que debe intentar, entre otras áreas de trabajo, la Psicología Política. Pero lo que resulta indudable es la necesidad de realizar esa tarea, describir y anticipar los cambios que ya están en marcha para poder así facilitar la adecuación al cambio. Es conveniente recordar que proyectos similares se produjeron a finales del siglo pasado y durante los comienzos del presente, con resultados muy sugestivos, pero que luego se abandonaron en virtud de un optimismo bastante simple y poco conveniente para la construcción del futuro.

De todas formas, aun sin pretender analizar los contenidos de las sociedades futuras, es posible hacer algunas diferenciaciones oportunas previas a esa labor. Para empezar, existen distintas sensibilidades ante el cambio; y no me refiero a su mayor o menor aceptación, sino a la capacidad de anticiparlo. Por un lado, se producen unas reacciones ante los cambios ya producidos o que se están dando en el presente, una especie de *sensibilidad a corto plazo o reactiva*; por otro, a veces existe una *sensibilidad a medio o a largo plazo*, una anticipación de cambios todavía no realizados pero cuyos síntomas ya están presentes. Ambas sensibilidades, sólo diferentes en apariencia por el lapso temporal de previsión, tienen características y consecuencias muy distintas. Veamos algunos ejemplos de entre los ya mencionados.

Junius Flagg Brown no anticipa nada, simplemente sufre las consecuencias de la depresión económica de la época y sus efectos sociales; y reacciona intentando aportar soluciones, intentando adecuar modos de pensar y sentir ante los nuevos tiempos.

El trabajo de Adorno y colaboradores es posterior a los hechos; los cambios a los que se enfrentan ya han ocurrido; sólo pretenden una reconstrucción de los hechos para modificar el presente y conseguir inocular el futuro.

Por el contrario, *La Psicología de Masas del Fascismo* de Reich y otros trabajos similares de la época, recogen síntomas del momento para anticipar el futuro; los cambios comienzan a producirse pero todavía no están completamente visibles. Se intenta actuar para corregir el futuro o, al menos, para enfrentarse a lo inevitable.

Los trabajos sobre la sociedad post-industrial de finales de los 60 y principios de los 70 pertenecen también a la anticipación a medio o largo plazo; es la sensibilidad a cambios que comienzan y que tendrán su plenitud más adelante. Como sucede, hasta cierto punto, con los estudios iniciales sobre participación política, preocupados principalmente por el futuro de los sistemas democráticos más que por la conducta de voto actual. Por supuesto, los Ideólogos Franceses constituyen el prototipo de anticipación no sólo de un futuro inmediato, sino de todo un nuevo orden social para muchas décadas posteriores.

Sin duda alguna, en la historia de la Psicología Social y Política ha habido ejemplos de ambos tipos de sensibilidad y todos ellos constituyen una labor interesante que caracteriza nuestra área de estudio. Pero lo que nos interesa destacar ahora es que, durante las últimas décadas, se han ido agudizando ambas clases de sensibilidad hasta un punto que podría considerarse en la actualidad como patológico.

La realidad histórica, social y política de una comunidad determinada es una construcción que se elabora mediante hechos y acontecimientos pasados, presentes y expectativas de futuro; el recurso a períodos más o menos grandes de tiempo para explicar esa realidad depende de múltiples factores culturales, pero lo que importa es entrelazar el tiempo para dar continuidad a esa realidad. Cuando las situaciones y cambios presentes se desconectan del pasado y del futuro (*presentismo*) o, por el contrario, cuando el futuro sólo se utiliza como justificación del presente (*futurismo*), entonces se distorsiona la construcción de la realidad. Presentismo y futurismo son dos formas de huida de la realidad, en direcciones contrarias y extremas, que posiblemente están incidiendo tanto en la percepción de los ciudadanos como en el trabajo de los psicólogos políticos.

¿Cómo podríamos justificar las afirmaciones anteriores, explicitar un poco más su contenido y conocer las consecuencias para el desarrollo de la Psicología Política? Son conocidas desde hace tiempo (hasta el punto de que han pasado a la literatura, por ejemplo, *La Montaña Mágica* de Thomas Mann) las interacciones que se producen entre el ritmo de los acontecimientos y la percepción que tenemos del transcurso del tiempo; pero a su vez esas interacciones influyen también en nuestro modo de enfrentarnos a la realidad social y política:

a) Cuando el ritmo de los acontecimientos (en nuestra vida, en la sociedad o en la organización social) es monótono, uniforme, regular, es posible que el tiempo transcurra lento a muy corto plazo, pero a la larga abrevia y acelera el paso del tiempo hasta un punto que nos sorprende. Cuando esto ocurre, cuando una vida ordenada y uniforme consigue contraer el paso de nuestro tiempo, la mirada se vuelve hacia grandes períodos temporales como motivo de preocupación y elaboración de la realidad (por ejemplo, el ritmo de la sociedad agraria y su preocupación por una larga sucesión familiar).

b) Por el contrario, cuando el ritmo de los acontecimientos es variado, heterogéneo y rápido, el tiempo pasa veloz al principio pero a la larga transcurre mucho más lentamente al percibirlo más abundante, más denso, más pleno. Cuando se producen cambios rápidos y variados en nuestras vidas se alarga el paso del tiempo, y esto hace que nos preocupemos por períodos relativamente pequeños de nuestra realidad (por ejemplo, la vida urbana y la planificación vital a corto plazo).

RITMO DEL CAMBIO

	MONOTONO	ACELERADO
PERCEPCION DEL PASO DEL TIEMPO	Rápido, veloz, ligero	Lento, denso, pesado
VISION HISTORICA	Amplia, compleja	Corta, simple

Pues bien, es sabido que desde hace tiempo nuestras sociedades occidentales van acelerando progresivamente su ritmo de vida y cambio, pero es posible que sean los años 50 los que marcan un coeficiente de aceleración desconocido hasta entonces. En la actualidad resulta sorprendente la velocidad del cambio y la saturación de acontecimientos (viajes, personas, sentimientos, comunicaciones, tecnologías, etc.; recuérdese *The Saturated*

Self de K. Gergen, 1991); eso alarga, sin duda, la duración percibida de nuestra existencia, pero también recorta nuestro ángulo de visión de la realidad social. Si bien es cierto que la monotonía puede producir cierta oxidación vital, no es menos cierto que una aceleración desproporcionada tiende a desarticular nuestra existencia. Dos grandes formas de desarticulación, de huida de la realidad:

a) **presentismo**: es la creencia en el presente individual, no colectivo; es la independencia de los antepasados, de los contemporáneos y de los descendientes. No existe continuidad histórica ni acumulación de bienes sino sólo autómatas independientes solidarios exclusivamente con sus experiencias presentes. Miedo a envejecer y, por tanto, premura de vivir; agotar en el presente el máximo de posibilidades y no conservar nada para el futuro (Seoane-Garzón, 1989; Garzón-Seoane, 1991; Seoane-Garzón, 1992);

b) **futurismo**: el futuro como justificación de la sociedad en crisis; por ejemplo, el futurismo electrónico para llenar un vacío ideológico. Existen varios conjuntos de creencias que componen esta dimensión (Seoane, 1994): *escapismo* (deseo de escapar, de huir y buscar soluciones en otro lugar; viajar continuamente, consumir cultura de otros lugares); *xenofilia* (creer que las soluciones están siempre fuera del propio país, de la propia comunidad, de su cultura; imitación y admiración por lo extranjero); *religiosidad como emoción* (buscar la tranquilidad y el sosiego en emociones religiosas, no especialmente institucionalizadas; religiosidad más que religión; pragmatismo ético); *rechazo de la historia* (desprecio por la memoria histórica por el pasado familiar; planteamientos del fin de la historia, del último hombre; desinterés por los libros y por la cultura anterior); *globalización* (eliminación de fronteras, culturas y diferencias; sensibilidad totalitaria en la medida en que el futuro repercute sobre todos los ámbitos sociales e individuales); *tecnocracia* (sustitución de los políticos, de la cultura, de los ciudadanos por los expertos, en la medida en que el futuro es un asunto de altas tecnologías; creencia mágica en las soluciones técnicas).

La adecuación cognitiva al cambio, la adaptación de los ciudadanos a los pequeños y grandes cambios de la organización social, es uno de los papeles más significativos que la Psicología Política ha jugado en el pasado y que, posiblemente, continuará jugando en el futuro. Siempre han existido en Psicología Social y Política distintas sensibilidades al cambio, unas más reactivas o a corto plazo y otras más anticipadoras o a largo plazo. Sin embargo, la aceleración de los cambios en todos los órdenes de la vida actual (sociales, políticos, vitales) está produciendo una distorsión de ambas sensibilidades: una percepción más larga de nuestro tiempo social y, en consecuencia, una disminución de los períodos temporales estudiados y analizados. Estas distorsiones, cuyas consecuencias hemos denominado como pre-

sentismo y futurismo, pueden afectar también a las orientaciones y tendencias de la Psicología Política actual.

Nuevas tendencias en Psicología Política

Todos los argumentos anteriores desembocan necesariamente en un planteamiento sobre las posibles nuevas tendencias en Psicología Política, algo que evidentemente depende de múltiples factores además de los aspectos ya comentados. No es fácil, por otro lado, diferenciar entre las probables líneas de evolución y los caminos que se consideran como deseables. En cualquier caso, merece la pena intentar describir algunos escenarios posibles para la Psicología Política en las nuevas sociedades.

Simplificación Histórica

William J. McGuire realizaba no hace mucho tiempo (McGuire, 1993) una interesante clasificación en tres etapas del pasado de la Psicología Política y el esbozo de una cuarta para el comienzo de siglo. Las características de esas etapas o eras son las siguientes:

a) Años 40 y 50: la denomina como etapa de *personalidad y cultura*, caracterizada por su entusiasmo por explicar pensamientos, sentimientos y acciones políticas en términos de determinismo ambiental, utilizando conceptos sacados del psicoanálisis, del marxismo y del conductismo, por ese orden.

b) Años 60 y 70: los temas preferidos son ahora las *actitudes políticas y la conducta de voto*, desarrollados bajo supuestos racionalistas de la conducta personal, principalmente el supuesto de que la persona pretende hacer máxima la utilidad subjetiva y el de que establece nexos causales entre creencias, actitudes y acciones.

c) Años 80 y 90: bautizada como la etapa de *ideología y decisión*, de orientación cognitiva, se dedica principalmente al estudio del contenido y procesos de los sistemas de creencias que fundamentan la toma de decisiones políticas, tanto en las muchedumbres como en las minorías.

d) Por último, McGuire insinúa con toda prudencia algunas nuevas direcciones cara al futuro, una especie de cuarta etapa del 2000 en adelante donde, en lugar de fijarse en temas intrapersonales (personalidad, actitudes, ideología), se centrará en procesos interpersonales y de intergrupo (por ejemplo, relaciones internacionales, política exterior, toma de decisiones de jurado).

Pues bien, al margen del indudable interés de esta descripción del pasado de la Psicología Política y del posible acierto en su predicción, existe otra interpretación en esta evolución que merece la pena destacar. La primera etapa, personalidad y cultura, estudia unos fenómenos que tienen ma-

yor espesor histórico o, si se prefiere, fragmentos temporales más amplios que en la segunda etapa; lo mismo ocurre en la segunda con respecto a la tercera etapa. En la primera etapa se recurre al psicoanálisis, al marxismo o al conductismo; la sensibilidad histórica de los dos primeros es conocida e intrínseca a sus formulaciones teóricas, y el conductismo recurrió a un ambientalismo que recoge más historia que, por ejemplo, la orientación cognitiva.

En la segunda etapa, actitudes políticas y conducta de voto, se recorta el proceso temporal; las actitudes son tendencias duraderas, pero difícilmente tienen carácter histórico; la conducta de voto es todavía más simple desde el punto de vista temporal, como ocurre con los sondeos de opinión.

En la tercera etapa esta tendencia a la simplificación histórica o temporal es todavía mayor; la toma de decisiones dentro de un marco cognitivo o de procesamiento de información carece casi por completo de dimensión socio-temporal (Seoane, 1972; Seoane, 1982a; Seoane, 1982b).

En cuanto a la posible cuarta etapa, se intenta pasar de lo intrapersonal a lo interpersonal o intergrupalo, pero esto sólo puede significar una ampliación espacial y no una mayor profundización temporal.

En definitiva, el pasado reciente de la Psicología Política parece desarrollarse bajo una hipotética ley de simplificación histórica progresiva hasta alcanzar lo que anteriormente habíamos denominado presentismo. Al igual que Gerald Heard (1929) describía esta simplificación (citado en el *Estudio de la Historia* de Toynbee) para la naturaleza física en la evolución de la civilización, de forma análoga ocurre en la naturaleza histórica de los estudios de Psicología Política:

«Estamos abandonando el suelo; estamos perdiendo el contacto; nuestras huellas son cada vez más débiles. El pedernal dura para siempre, el cobre para una civilización, el hierro para generaciones, y el acero para una vida» (págs. 277-8).

Sensibilidad a la propaganda de futuros inciertos

Esta sería otra tendencia de la Psicología Política ante las nuevas sociedades, no muy distinta a la anterior en la medida en que ambas significan una huida de la realidad construida histórica y socialmente. Al igual que la historia se reinterpreta a veces para ajustarla a las necesidades del presente, el futuro adquiere tintes justificativos para las sociedades actuales en crisis. Algunos autores piensan, por ejemplo, que el futurismo electrónico llena un vacío ideológico al ofrecer una salida potencial a los males del presente.

Pero ese salto hacia el futuro, por muy necesario e inevitable que parezca, es un salto hacia lo desconocido y engendra múltiples posibilidades que enfrentan a los futuristas entre sí. En nombre del futuro se planifica y re-

convierte la sociedad actual, pero el futuro es un cúmulo de contradicciones defendidas por distintas tendencias actuales.

El futurismo puede considerarse como una tendencia utópica de la interpretación y del comportamiento político actual, que se extiende progresivamente por nuestras sociedades, y que hace que las personas y las instituciones sean muy sensibles a la propaganda de futuros inciertos, justificando así la persecución, reconversión y reinterpretación de políticas sociales que hasta ahora estaban más o menos aceptadas.

Resulta terriblemente difícil seleccionar ejemplos de futurismo sin herir la sensibilidad política de nadie, puesto que la mayor parte de los casos posibles pueden considerarse o bien planteamientos deseables del futuro o bien futurismo utópico en función del énfasis de la creencia y de su carácter más o menos justificativo del presente. En cualquier caso mencionaremos algunos ejemplos representativos.

Muchos de los análisis y de las críticas que se han realizado y todavía se realizan sobre la sociedad post-industrial tienen el enorme interés de plantear los cambios que se están produciendo y los esfuerzos de adaptación que serán necesarios. Sin embargo, estos análisis y críticas se convierten a veces en futurismo utópico cuando se exigen profundas reformas del presente en virtud de predicciones sociales todavía muy discutibles. Boris Frankel (1987) proporciona una interesante discusión de este tema en *The Post-Industrial Utopians*, donde se ocupa, entre otros, de Rudolf Bahro, André Gorz, Barry Jones y Alvin Toffler.

Los nuevos movimientos sociales (ambientalismo, pacifismo, derechos de la mujer, entre otros) están transformando la naturaleza de la política democrática actual, hasta el punto de que están ampliando los métodos aceptados de participación política incluyendo algunas formas de acción directa; esto significa para algunos la aparición de una nueva tecnología de acción política. Pero, por otro lado, los nuevos movimientos sociales promueven con frecuencia una transformación radical de la sociedad actual en función de su particular visión del futuro.

Las filosofías políticas relacionadas con el «fin de la historia» pueden constituir un último ejemplo, donde se considera que el futuro ya está presente en algunos países y los demás deben transformarse en la misma dirección si quieren continuar existiendo como tales.

Valoración de la Psicohistoria

No todas las tendencias que se perciben en la Psicología Política actual son del tipo de escape de la realidad; se pueden observar algunas orientaciones dirigidas en el camino contrario. La Psicohistoria es una de ellas; ya se defina como el uso explícito de la psicología formal o sistemática en la

interpretación histórica (Runyan, 1993) o como una teoría sobre el desarrollo sociocultural humano que articule la Historia y la Psicología (Garzón, 1988), lo cierto es que su problemática acompaña desde el principio a los trabajos de Psicología Política.

Con frecuencia se piensa que sus comienzos están relacionados con el trabajo de Freud sobre Leonardo da Vinci, y con sus obras posteriores de índole social, histórico y antropológico. Posteriormente la asociación entre Psicohistoria, Psicoanálisis y Holocausto favoreció la visión psicodinámica de esta disciplina. Sin embargo, existen otras líneas de fundamentación que poco tienen que ver con el psicoanálisis, como por ejemplo el recurso a Vico, Herder, Wundt, Dilthey, etc.; o bien ciertos aspectos de autores clásicos tan dispares como Tocqueville, Spengler o Toynbee.

Las posturas críticas con el psicoanálisis provocaron, sin mucha justificación, un cierto rechazo de la psicohistoria; o bien, como reacción, un intento de volver a construirla bajo los auspicios de una psicología «científica, experimental y cognitiva». En ambos casos se diluye el papel fundamental que la psicohistoria puede jugar en la Psicología Política: proporcionarle una mayor sensibilidad histórica, un ritmo temporal más pausado y menos periodístico, por decirlo en forma resumida.

Por otro lado, aunque con ciertas dificultades, se van configurando otras psicohistorias alternativas, como por ejemplo la representada por Gergen (1984) o por la investigación sobre cambios históricos en la personalidad (Riesman, Barbu, Lasch, etc.) que cada día aportan más sugerencias de interés para la interpretación política.

En definitiva y en cualquiera de sus interpretaciones, la psicohistoria es una de las influencias permanentes en la Psicología Política, pero es posible que juegue cada vez un papel más importante a medida que los cambios sociales se hagan más profundos y más difíciles de comprender por la mayoría de los ciudadanos.

Inclinación por el holismo

Por último, quiero resaltar otra tendencia importante de la Psicología Política actual que también se encuentra inmersa en la polémica de otras disciplinas, pero que sin duda tiene una especial significación en nuestra área de estudio. La reducción de los fenómenos políticos bajo estudio a variables y unidades psicológicas más o menos elementales siempre presentó la ventaja de homologar la investigación con una tradición científica reconocida, pero también se arriesga con este procedimiento la identidad del fenómeno que se estudia.

La contraposición de orientaciones se puede formular adecuadamente mediante los términos de tendencia analítica y tendencia holista. En filoso-

fía esta contraposición puede representarse mediante las posiciones defendidas por el primer y el segundo Wittgenstein, por el *Tractatus* frente a las *Philosophical Investigations*.

En Psicología Política resulta más difícil encontrar ejemplos tan claramente representativos como Wittgenstein, pero ambas tendencias marcan con energía un desarrollo alternativo en la mayor parte de las investigaciones. Este es el caso del estudio de las actitudes, por ejemplo, que en Thomas y Znaniecki tiene un carácter holista en la medida en que intentaron captar el cambio total que ocurría dentro de la población inmigrante cuando se introducía en la sociedad americana, utilizando una metodología abierta que improvisaba las técnicas a medida que las necesitaban; mientras que en L.L.Thurstone adquieren un carácter más analítico al aplicar procedimientos psicofísicos y obtener así estructuras numéricas.

Lo mismo puede defenderse de Riesman en *The Lonely Crowd* en comparación con *The Authoritarian Personality* de Adorno y cols.; mientras que el primero pretende abarcar los cambios históricos del carácter nacional en América, el segundo se esfuerza en reducir el estudio del autoritarismo a variables psicológicas.

Otra línea de trabajo que manifiesta las vicisitudes entre la tendencia holista frente a la analítica es la relacionada con el voto, que en unos se convierte en un fenómeno más amplio y complejo bajo el nombre de participación política mientras que en otros se reduce a variables sociodemográficas que influyen en la conducta de voto.

En definitiva se podría decir que, aunque en la mayoría de los trabajos de Psicología Política durante las últimas décadas predomina la tendencia analítica —desde luego, no en todos—, sin embargo en los momentos actuales existe cierta inclinación hacia el holismo, quizás por influencia de planteamientos de fuera de la disciplina o bien por la necesidad de enfrentarse a fenómenos muy complejos de las democracias actuales que quedan mal representados mediante procedimientos analíticos.

Conclusiones

Hubo un tiempo en que las ciencias y sus disciplinas se justificaban por el mero hecho de ampliar los límites del conocimiento humano, pero desde hace ya algún tiempo el conocimiento ha perdido gran parte de su credibilidad si no va acompañado del desempeño de un rôle y de garantías sociales. La Psicología Política, con ese nombre o con otros anteriores, ha desempeñado diversos papeles principalmente en la sociedades democráticas occidentales, pero en este trabajo hemos defendido que su papel principal y más sistemáticamente representado ha sido la adecuación de creencias, actitudes

y habilidades de ciudadanos, grupos o individuos determinados a los cambios producidos en la organización social y política en la que viven.

Existe un acuerdo prácticamente general en que los tiempos actuales están produciendo una aceleración no conocida hasta ahora de los cambios sociales. Esto hace que el papel que señalábamos en la Psicología Política no sólo tiene sentido hoy en día sino que adquiere precisamente su máxima justificación histórica. En los momentos actuales, más que en cualquier otro momento, la Psicología Política está plenamente acreditada y garantizada por necesidades de urgencias social.

Sin embargo, se está produciendo un efecto paradójico en la situación planteada. El impacto que la aceleración creciente de los cambios está produciendo en nuestras sociedades también está afectando de forma importante al contenido y procedimientos de trabajo de la Psicología Política, y esto puede llegar a poner en cuestión su eficacia en el papel de adaptación y adecuación que venimos comentando.

A medida que se aceleran los acontecimientos sociales, la Psicología Política acelera sus intereses e investigaciones para alcanzar su ritmo, demostrar su utilidad y agradar así más a la política profesional que a los ciudadanos (predicción de resultados electorales inmediatos, características personales del último líder en el poder, recetas para tomar decisiones o para cambiar la opinión pública de un día para otro). Sin embargo, con frecuencia sólo consigue por este procedimiento estar a la moda, a veces llamar la atención de los medios masivos, pero escasamente proporciona amplios modelos de interpretación que sirvan de marco de referencia ante los nuevos temas. Y, por otro lado, manifiesta así cada vez más sus debilidades ante la opinión pública, con el riesgo de perder credibilidad como conocimiento orientador y configurador del futuro.

Por el contrario, cuando se ocupa del futuro es por lo general por alguna moda del presente, por el efecto de la propaganda de las nuevas tecnología de la acción política directa, y no por una visión histórica elaborada con un tejido conceptual rico, amplio y entrelazado con otros tiempos. Aparecen así modelos psicológicos basados en una futura paz mundial, en el pacifismo como actitud generalizada mientras se multiplican las guerras locales, más crueles y con menos sentido que nunca, se generaliza la violencia urbana y reaparece el despotismo pero ahora en el sistema democrático; al igual que se estudian y se construyen los sistemas de creencias ambientales y ecológicos para un futuro mejor, al mismo tiempo se defienden estilos de vida de una complejidad nunca vista tanto en la identidad política, como en lo social, en lo sexual o en lo educativo. En definitiva, refugiarse en futuros inciertos para no enfrentarse a un presente difícil y complejo.

Por supuesto que existe cierta dureza intencional en esta descripción sobre el momento actual de la Psicología Política, pero no se me ocurre ninguna razón para suavizar el panorama. En todo caso, reconocer también que la Psicología Política siempre estuvo acompañada de cierta sensibilidad histórica que difícilmente se puede perder del todo y que posiblemente reaparezca ahora, en los momentos que tanta falta le hace. Como también es cierta su relativa apertura a otras áreas y conocimientos, que en la actualidad reclaman de nuevo un acercamiento más global a los temas de estudio, lo que sin duda redundará en beneficio de la Psicología Política.

Lo que es evidente, desde luego, es que si la Psicología Política no cumple apropiadamente con su papel de adecuación cognitiva a los nuevos cambios se verá obligada a vivir de reminiscencias mientras otros campos ocupan fácilmente su papel, posiblemente desde otros ángulos o puntos de vista, pero con una eficacia que en algunos casos están demostrando ya. Estoy pensando en la filosofía en general y en la filosofía política en particular; en la llamada «ética práctica» o «ética aplicada», así como en la bioética, etc.; sin olvidarnos del resurgimiento de las religiones que, por muy alejadas que puedan parecer de las fronteras de la Psicología Política, pueden llegar a ofrecer planteamientos e interpretaciones mucho más cercanos a ella que lo que podía imaginarse tan solo hace unas cuantas décadas.

Pero tendría poca gracia que después de toda nuestra argumentación cayéramos al final de este escrito en un futurismo fácil y desde luego incierto. De ninguna manera lo pretendemos; es tan sólo un «escenario posible», como se dice últimamente, pero evidentemente es un mal escenario y con actores mediocres. Es un escenario posible, pero estamos empeñados en hacerlo improbable.

Referencias

- Billig, M. (1982): *Ideology and Social Psychology*. Oxford: Blackwell.
- Brown, J.F. (1936): *Psychology and the social order*. New York: McGraw-Hill.
- Etzioni, A. (1991): Perspectiva Socio-económica de la fricción. *Psicología Política*, 3, 7-25.
- Frankel, B. (1987): *The Post-Industrial Utopians*. Cambridge: Polity Press-Basil Blackwell.
- Garzón, A. (1988): Psicohistoria y Psicología Política. En J. Seoane y A. Rodríguez (eds.), *Psicología Política*. Madrid: Pirámide.
- Garzón, A. (1993): Psicología Política en España. *Boletín de Psicología*, 39, 35-65
- Garzón, A.-Seoane, J. (1991): Estructura del Espacio de Creencias. *Boletín de Psicología*, 32, 73-91.
- Gergen, K.-Gergen, M. (eds.) (1984): *Historical Social Psychology*. Hillsdale, NJ: LEA.
- Gergen, K. (1991): *The Saturated Self*. Basic Books.
- Heard, G. (1929): *The ascent of humanity; an essay on the evolution on civilization from group consciousness through individuality to super-consciousness*. New York: Harcourt, Brace and Co.
- Knutson, J. (ed.) (1973): *Handbook of Political Psychology*. San Francisco: Jossey-Bass.

- Kvale,S.(1992): Postmodern Psychology. A Contradiction in Terms?. En S.Kvale (ed), *Psychology and Postmodernism*. Londres: Sage.
- Mahoney,M.J.(1994): Desarrollos y direcciones en Psicología y Psicoterapia. *Boletín de Psicología*, 43, 7-23.
- McGuire,W.J.(1993): The Poly-Psy Relationship. Three Phases of a Long Affair. En S.Iyengar y W.J.McGuire (eds), *Explorations in Political Psychology*. Duke University Press.
- Pasquino,G.(1994): Italia, un sistema político que cambia. *Psicología Política*, 8, 29-44.
- Runyan,W.(1993): Psychohistory and Political Psychology. A Comparative Analysis. En S.Iyengar y W.J.McGuire (eds), *Explorations in Political Psychology*. Duke University Press.
- Schwartz,H.(1990): *Century's end. A cultural history of the fin de siècle from 990s through the 1990s*. New York: Doubleday.
- Seoane,J.(1972): Aprendizaje Lingüístico en Inteligencia Artificial. Tesis Doctoral. Universidad de Valencia.
- Seoane,J.(1982a): Psicología Cognitiva y Psicología del Conocimiento. *Boletín de Psicología*, 1, 27-40.
- Seoane,J.(1982b): Del Procesamiento de Información al Conocimiento Social. En I.Del-Claux y J.Seoane (eds), *Psicología Cognitiva y Procesamiento de la Información*. Madrid: Pirámide
- Seoane,J.(1994): La dimensión política de la Intervención Social. *Psicología Política*, 8, 7-28.
- Seoane,J.-Garzón,A.(1989): Creencias Sociales Contemporáneas. *Boletín de Psicología*, 22, 91-118
- Seoane,J.-Garzón,A.(1992): Creencias Sociales Contemporáneas, Autoritarismo y Humanismo. *Psicología Política*, 5, 27-52.
- Stone,W.(1974): *The Psychology of Politics*. New York: Free Press.
- Stone,W.(1981): Political Psychology. A Whig History. En Samuel L. Long (ed.), *The Handbook of Political Behavior*. New York: Plenum Press.
- Thomas,W.I.-Znaniecki,F.(1918-20): *The Polish peasant in Europe and America* (5 vols.,). Boston: Badger.